



RadioApasionad@s
Experiencias de radio comunitaria en el mundo
www.comunica.org/apasionados/

Capítulo 8

Como hacerle Eco ... de Moscú

Serguei Korzoun

Si hace un año alguien me hubiera dicho que las más eminentes personalidades del mundo de la política, diplomacia, economía, ciencia y cultura se encontrarían reunidas en nuestros estudios microscópicos del centro de Moscú, me habría reído a carcajadas.

Hubiera sido un bonito sueño, pero poco verosímil.

Hoy ya no me río, porque estoy muy consciente del precio que hay que pagar. No se evalúa en rublos ni en dólares, sino en una sobrecarga de trabajo para nuestro equipo de cerca de veinte personas, en noches enteras sin dormir, reflexionando largo y tendido sobre la libertad de los medios de difusión de nuestro país y especialmente cómo eso afecta nuestra radioemisora. ¿Cómo hacerle eco a Moscú, un eco libre en un país que no lo es, entre personas que tienen ellas mismas muy poca libertad?

La fama y el interés casi mundial del cual goza el Eco de Moscú, están relacionados, indudablemente, con los acontecimientos de 1991 en Moscú. Acontecimientos que llaman algunos el “golpe de estado, a los cuales otros se refieren como la “revolución” y que el tercer grupo, el más numeroso, describe como “la continuación del eterno lío”. Desde el 19 hasta el 21 de 1991, el Eco de Moscú que se vio desconectado cuatro veces de su transmisión, fue la única radioemisora moscovita en seguir y difundir en directo las vicisitudes del “golpe teatral” que acarreó profundos cambios en nuestro país, la ex Unión Soviética. Volveré al tema de estos tres días, después de un pequeño recorrido histórico a lo largo de los caminos enmarañados de la radio independiente en Moscú.

EL DESARROLLO DE LA RADIO INDEPENDIENTE EN MOSCÚ

Conforme voy escribiendo estas líneas, no hay ninguna ley que rija la distribución de las frecuencias de difusión para la radio y televisión en Rusia. Se prevé la promulgación de una ley para 1992. Pero en 1990, año en el que nació la idea de formar nuestra radioemisora, el estado soviético ejercía un dominio absoluto sobre la tele y radiodifusión.

Las primeras golondrinas anunciadoras de tiempos nuevos para los medios de radiodifusión independientes de la URSS llegaron el 30 de abril de 1990. Aquel día, dos radioemisoras emitieron por primera vez, casi simultáneamente, en las ondas de Moscú y en frecuencias entregadas por el todopoderoso Gosteleradio (el Comité Estatal de la URSS para Radio y Televisión). Ambas eran emisoras de música comercial, gozaban del apoyo de Francia y al inicio, ambas dependían fuertemente de las estructuras estatales.

Hoy en día, Europa Plus tiene éxito y está ampliando su programación. Recientemente, Moscú Nostalgia tuvo que recuperar el aliento y volver a definir su mandato. En Moscú, hoy se pueden sintonizar cerca de diez radioemisoras de música.

El primero de agosto de 1990, entró en vigor una ley que regia la prensa y otros medios. Hacia pocas referencias a los medios de difusión y tuvo el mérito de no obstaculizar su nacimiento ni desarrollo. El 22 de agosto, la primera radioemisora realmente independiente empezó a transmitir. Era Radio Eco de Moscú. La emisora jamás había podido abrir sus puertas sin el apoyo de sus patrocinadores. El periódico Ogonyok nos proporcionó los fondos iniciales. La asociación de radio nos ofreció el transmisor de onda media, una antena, una frecuencia y líneas de transmisión. La municipalidad local (el Soviet de Moscú) nos proporcionó apoyo y sobre todo su ayuda moral. La facultad de periodismo de la Universidad de Moscú nos dio su apoyo moral y nos prometió ayudarnos en muchas maneras. Sin bombo ni platillos, el niño recién nacido se lanzaba al agua turbia de la inseguridad política y financiera. “Aprendan a nadar por su cuenta parecían decirnos los patrocinadores. Esto correspondía perfectamente a los deseos más ardientes del equipo que se instaló en el estudio escasamente amueblado. Teníamos mucho que hacer y no nos importaba el hecho de que cualquier profesional de la radio considerara nuestro equipo como piezas de museo...

En cierto sentido, toda la radio y la televisión soviéticas parecían ser museos en 1989, pero se trataba de museos privados que pertenecían a los *apparatchiks*. Serguei Bountman y yo teníamos nuestras propias ideas en cuanto a lo que era posible. Ambos trabajamos durante más de diez años en el servicio de lengua francesa de Radio Moscú Internacional, una pequeña parte de la colosal Gosteleradio. La *perestroika* al estilo de Gorbachov nos había dado la oportunidad de viajar un poco, de ir a Francia varias veces y de familiarizarnos un poco con su red de radioemisoras. Hasta tuve la oportunidad de trabajar veinte días en la emisora de París, Kiss-FM, con un grupo de periodistas soviéticos. Era comprensible que nos sintiéramos más limitados cuando estuvimos de regreso. En nuestro “museo” se necesitaban las firmas de mil directores para aprobar cualquier programa. Su mayor preocupación consistía en evitar cualquier metedura de pata política, lo cual podría perjudicar su posición en la jerarquía del Partido Comunista y del estado. Y como todos sabemos, la mejor forma de evitar meter la pata, es mantener el statu quo.

Junto con otros periodistas, intentamos cambiar las cosas y propusimos nuevos programas para Radio Moscú Internacional. Pero la inercia del mamotreto estatal de radiodifusión era tal, que aún en plena *perestroika*, cualquier nueva iniciativa se hundía en un infinito océano de comentarios oficiales, que nosotros llamábamos “adoquines” en nuestra jerga profesional.

Mientras tanto, yo hacía todo lo posible por conseguir un transmisor y una frecuencia, así como fondos para la radioemisora que ya tenía en mente, pero mis esfuerzos fueron vanos hasta 1990. De repente en abril de 1990, me sonrió la suerte. Un amigo me sugirió que me presentara para el puesto de redactor-jefe de una nueva radioemisora que parecía tener una buena base técnica y financiera. Organicé inmediatamente una reunión con los responsables de este proyecto.

La mayoría eran técnicos profesionales de sonido que no tenían la menor idea en lo que se refiere a la programación. Después de charlar con ellos, acepté la oferta sin vacilar.

¿Qué perdí? Un puesto bastante cómodo, es cierto, en una gran radioemisora estatal con infraestructura altamente desarrollada pero donde reinaba la inercia. Perdí casi toda mi posición social, lo cual es bastante importante (¡Créanmelo!) en un país donde la sociedad es todo y el individuo, nada. Perdí también a algunas docenas de radioyentes francófonos que solían escuchar mi programa. ¿Era de lamentar? ¿Qué iba a encontrar yo en esta nueva empresa? Pues no estaba muy seguro, pero supuse que iba a encontrar libertad de acción y de expresión. Y así fue. La sensación de libertad se empezó a mitigar un poco, conforme iban pasando los meses, pero recuerdo todavía el segundo día de difusión, cuando hablé sencillamente, así, en directo, a gentes que querían simplemente llamar a la emisora y comunicarse con otros radioyentes y conmigo. Este fue el primer tipo de programa que transmitimos. Empezaba a volar con mis propias alas. Al principio los oyentes no creían -no querían creer- que todo sucediera en directo, aun cuando ellos escuchaban sus propias voces en sus receptores de radio. Algunos de ellos hasta supusieron que trabajábamos para la KGB y que se grababan nuestras conversaciones tan francas para los expedientes del servicio secreto. Tales fueron nuestros primeros pasos hacia la libertad mientras intentábamos explorar con nuestros oyentes la vasta gama de posibilidades que se nos ofrecía.

La libertad: es fácil acostumbrarse a ella. Pero conforme va pasando el tiempo, el sentido de las responsabilidades se vuelve cada vez más apremiante. En lugar de progresar, la situación de los medios libres en Rusia padeció empeorar. Después de una apertura notable, observamos medidas cada vez más estrictas para controlar a los medios cuyos programas y publicaciones no correspondían exactamente a las expectativas de los nuevos dirigentes. La autoridad de estos dirigentes en una Rusia que había adquirido soberanía desde hacia muy poco, parecía haber reemplazado “la mano de hierro” de la antigua URSS. Los poderosos parecían siempre aspirar al monopolio... Por lo tanto, en una situación donde uno no controla todas las variables que pueden afectar a la emisora, la responsabilidad que se siente hacia las personas que lo han seguido a uno y a su radioemisora recalcitrante es quizás lo más difícil de soportar.

¿Qué se necesita para crear una radioemisora? Un transmisor, un micrófono, un plato giradiscos, gente que tenga algo que decir... La realidad de la radio en nuestro país

es mucho más compleja. Para arrancar, se necesita por la menos dos mil ochocientos cuarenta y echo acuerdos procedentes de mil trescientas veintitrés organizaciones e instituciones. No es ninguna broma.

Por ejemplo, no se venden sino que se “otorgan” o “atribuyen” los transmisores así como las frecuencias de transmisión. Y la asignación de las frecuencias no depende del contenido de la ley sino más bien de la buena o mala voluntad de los funcionarios de telecomunicaciones. Una conexión por cable entre el estudio y el transmisor no es suficiente para la transmisión en estéreo FM, pero no se autorizan las conexiones hertzianas en Moscú por razones de seguridad. En Moscú es muy difícil alquilar una oficina que responda a las necesidades de una radioemisora, mientras el usar un estudio estatal conlleva el riesgo de que lo coman a uno en un momento u otro. De hecho, esto nos sucedió cuando Gosteleradio puso fin a nuestro contrato sin avisarnos previamente.

Y ni siquiera he mencionado el asunto de los fondos todavía. Quizás ya llegó el momento. Al principio, los patrocinadores de Eco de Moscú nos dieron fondos para arrancar. Fue un gesto caritativo, un símbolo de buena voluntad y de apoyo a la democracia, pero no era suficiente para permitirnos funcionar a largo plazo. Tenemos todas las características de una radioemisora independiente, tanto a nivel político como periodístico, pero nos financiamos como una emisora comercial. Por lo tanto, nuestros ingresos provienen de los anuncios publicitarios, pero nuestra programación no es de índole comercial. En los últimos meses realizamos un pequeño beneficio, lo cual nos permitirá desarrollarnos sin tener que pedir préstamos.

Estamos conscientes de los estragos que causa la publicidad, pero seguimos un modelo general de radioemisora privada. Los periodistas tienen el 40 % de las acciones de la emisora y el resto pertenece a los fundadores. El prestigio que hemos logrado nos permite mirar al porvenir con optimismo. Tenemos la suficiente fuerza y cautela como para no dejarnos tragar por los capitalistas domésticos o extranjeros. Si se lleva a cabo la reforma económica que están anunciando y si se forma un mercado publicitario en Rusia, tendremos bases sólidas para arrancar.

Para conseguir otras fuentes de ingresos, tenemos pensado vender programas a otras emisoras y publicar material (recién salió nuestro primer libro). Hemos planificado otras actividades lucrativas, pero la decisión final les toca a los administradores. En nuestra calidad de periodistas, nuestro compromiso consiste en refinar nuestra programación y no convertirnos en simple mecanismo de apoyo a la publicidad.

Nuestra programación original y ecléctica refleja los deseos de los periodistas del Eco de Moscú de competir con la radio nacional en todas las áreas, y hacia todas las generaciones. Nos va bien según una reciente encuesta sobre la audiencia de Moscú, que nos atribuye un 7% de oyentes leales (más de un 12% compuesto por personas con educación superior), y un 21% que nos escucha de forma periódica. La audiencia más elevada se produce durante la mañana que alcanza hasta los tres millones de oyentes.

Nos interesamos por difundir sobre política, economía, comercio, deportes, cultura, el mundo del espectáculo, comentarios, lecturas y obras de teatro. Sin embargo, nos enfocamos principalmente sobre las noticias. Aunque dedicamos sale el 10% de nuestra programación de noticias a boletines, informes y programas tipo “revista”, este trabajo absorbe a las dos terceras partes de nuestro personal. Tenemos agencias de prensa,

corresponsales especiales y locales y contactos en distintas esferas, lo cual nos permite cubrir las noticias de forma objetiva. Esto requiere mucha habilidad y bastante dinero pero vale la pena a largo plazo. El deseo de ser una fuente fiable de información sigue siendo una de las principales motivaciones de nuestros periodistas.

EL ECO DE UN ATAQUE ARMADO

Durante la noche del 13 de enero de 1991, el locutor Serguei Bountman fue despertado por la llamada de un amigo de Vilnius quien le informó que se oían balazos en la ciudad. En aquella época, emitíamos solo tres horas diariamente por la noche. Sin embargo, tuvimos una reunión en el estudio al rayar el alba y cuando nos enteramos de que el ejército y la KGB habían atacado el edificio de Radio y Televisión Lituanas, decidimos conectar el transmisor mucho antes de la hora de transmisión normal.

Sabíamos perfectamente que solo nuestra voz se levantaría en medio del ataque armado. Afortunadamente, teníamos dos corresponsales en Vilnius. Era un domingo y los diarios no salen los domingos ni los lunes. Tal y como lo habíamos previsto, la radio y televisión del estado pasaron por alto los acontecimientos. Si no hubiera sido por nosotros, el gran público no se habría enterado del golpe. Aquel día, estábamos decididos a emitir de sol a sol. Y la gente nos escuchó. No solo nuestras 300.000 radioyentes cotidianos, sino también millones de moscovitas que estaban sintonizando su radio en búsqueda de información objetiva.

Blandimos nuestra arma de información y al mismo tiempo nos ganamos la simpatía de la inteligencia moscovita. Antes de dichos eventos, cada vez que queríamos invitar a alguien a nuestros programas, teníamos que explicar largo y tendido cual era el papel de nuestra emisora. Pero después del 13 de enero, ya bastaba con decir Eco de Moscú para que la gente aceptara venir con gusto. A veces también se negaban, pero raras veces. A las pocas días, ampliamos nuestra programación hasta ocho horas al día y mantuvimos este ritmo, mientras nos llegara el pedido del equipo técnico, lo cual nos permitiría emitir 24 horas al día.

AGOSTO DE 1991

Dada la fama que teníamos, no nos sorprendió que Eco de Moscú fuera la primera emisora que se vio obligada a cerrar sus puertas el día de la tentativa de golpe de estado del 9 de agosto de 1991, en Moscú.

Aquella mañana, entré a las 6:20 en el edificio donde se encuentran nuestras oficinas y el estudio, a pocos pasos del Kremlin. Yo reemplazaba a un locutor que estaba enfermo. Fue solo entonces cuando oí la radio nacional anunciar la enfermedad del presidente Gorbachov y la imposición de medidas de emergencia en algunas regiones del país. Mi primer pensamiento fue: "Seguro que ahora sí nos van a callar la boca, pues ya se habrán aprendido la lección de Vilnius" Me equivoqué levemente porque a los dos minutos, los técnicos que transmiten me aseguraron que íbamos a emitir a las siete de la mañana como de costumbre. Lo segundo que me vino a la mente fue: "¿Qué estarán preparando?" Seguro que este golpe de estado va a fracasar y le va a dar el golpe de

gracia al comunismo en la URSS.” Ahí si tuve razón. Lo tercero que pensé fue que tendríamos que anular toda la programación del día, pues ya en nada correspondía a la realidad. Había que rehacerlo todo.

Después de alertar a todo el equipo, llamé a algunas personas capaces de analizar la situación en directo. Escogí algunas canciones soviéticas de ‘rock’ con contenido social como música de apoyo, no tanto por la música misma sino por la letra antitotalitaria.

A las siete en punto, me senté en la mesa de control, agarré el micrófono y lo primera que dije fue: “Empezó mal el día y si acaban de despertar, les vamos a decir por qué”. Difundimos informaciones oficiales así como los comunicados que nos mandaban nuestros corresponsales acerca de los movimientos de las tropas en la ciudad. Esperé la llegada de mis invitados y a las 7:45 un grupo de personas se presentó en el estudio. La cara de uno de ellos me parecía muy familiar y aprovechando una pausa musical, me levanté para saludarles y les invite a tomar el micrófono. A los pocos segundos, me di cuenta que aquella cara conocida era de una de los peces gordos del servicio de telecomunicaciones (cuyas oficinas estaban pegadas a las nuestras). ¡Los demás se presentaban como funcionarios de la KGB!

¿Es aquí dónde hacen el programa? —me preguntó uno de ellos.

—Si, por muy extraño que parezca —le contesté, echando una mirada a mi alrededor. De hecho, nuestro equipo estaba tan decrepito que cualquiera habría podido pensar que se había equivocado de lugar.

—Deben dejar de emitir.

—¿Por qué?

—Por las medidas de emergencia, ya sabe.

—Enséñeme los papeles que lo autorizan a cerrarnos.

—Pero usted ya sabe que con las medidas de urgencia, todos los medios deben estar bajo control.

—Espérese —le contesté mientras leía yo la copia de un texto oficial.

—Este papel estipula que las medidas de emergencia entran en vigor en ciertas regiones. No se menciona la ciudad de Moscú aquí.

—Pero esto es evidente. Deben poner término a sus actividades.

—No, no puedo. Mientras no tenga usted los documentos apropiados, me niego a hacerlo.

El tipo de la KGB siguió insistiendo, pero no hizo nada para interrumpir la programación en curso en el estudio. Su equipo compuesto de cinco e seis hombres, todos delgados y vestidos de paisano, no tenía pinta de comando, y se quedaba perfectamente inmóvil. Me puse a pensar que a pesar de cualquier disputa, iba a seguir adelante con el programa, y estaba a punto de pasarles el micrófono a mis verdaderos invitados recién llegados. Justo en ese momento, entró uno de nuestros periodistas y nos dijo que el receptor de control estaba muerto. Ya no transmitía. Miré mi reloj; eran las ocho menos dos minutos.

Lograron pararnos al desconectar el estudio del transmisor. El programa quedó interrumpido. Pero el verdadero trabajo apenas iba a empezar. Ya cumplido su deber, los tipos de la KGB se esfumaron, pero los técnicos responsables de la conexión se negaron rotundamente a reconectarnos al transmisor, diciendo que se trataba de un fallo técnico. Sin embargo, la salida de los hombres de la KGB nos dio cierto margen de maniobra y la esperanza de poder volver a conectarnos más tarde.

Nos esperaban tres días de trabajo agotador, pero en cierta forma fácil y fructífero. Resultó que el ejército no cortó ninguno de los canales de información: seguían sonando los teléfonos, los fax transmitían sin interrupción y todas las agencias se esforzaban por funcionar bajo las condiciones de crisis del régimen. ¡Una verdadera ganga para los periodistas! Privados de nuestra antena desde el primer día, nosotros mismos funcionamos como agenda de prensa al volver a transmitir los resúmenes de noticias a los otros medios, incluso a las radioemisoras y estudios televisivos extranjeros, sobre todo la BBC y Radio Liberty. Al mismo tiempo, emprendimos una lucha para recuperar nuestras ondas. En el segundo día del golpe —20 de agosto— conseguimos reestablecer nuestra programación gracias al apoyo de un equipo de técnicos. Era la 1:40 de la tarde, y yo recuerdo este momento muy bien, puesto que nunca antes me había sentido conmovido por semejante estrépito. Yo presenté el programa ese día y las primeras tres horas pasaron sin sobresaltos. Información de agencias, música, llamadas telefónicas en directo desde el Parlamento Ruso que estaba rodeado de barricadas y sitiado, invitados en el estudio, todo esto sucedía lo uno detrás de lo otro a un ritmo de locos. Nuestros radioyentes también nos llamaban y nos llevaban pasteles, café y cigarros para mantenernos fuertes.

En la noche, nos enteramos en el noticiario televisivo de unas informaciones oficiales bastante significativas. Por decreto de los instigadores del golpe, se exigía que varios medios cerraran sus puertas. Se mencionó que el Eco de Moscú “era una radioemisora que no contribuía a estabilizar la situación”. Queríamos que volvieran en persona a intentar cerrarnos, para de esa manera poder transmitir sus intentos, pero aquella vez desconectaron nuestro transmisor. Movilizamos a todos nuestros amigos y logramos reconectarlo al cabo de una hora.

Nos desconectaron por tercera vez a las trece horas, en el momento más tenso del golpe. Pero ya habíamos logrado informar a nuestros oyentes que se había derramado la primera sangre en las calles de Moscú.

Nos sentíamos desalentados por las noticias de violencia y porque nos habían cerrado en un momento tan crucial. Además, supimos que las cosas iban mal en los alrededores del parlamento y que se preparaba un ataque directo. ¡Mas aún, una radioemisora desconocida que usaba el nombre de Eco de Moscú, difundía falsas informaciones en nuestras ondas! Reinaba tal confusión aquella noche que no tuvimos tiempo de grabarlas. Pero no cabía la menor duda que era "un juego radiofónico" de los servicios secretos que controlaban el asalto.

La pregunta sobre quién lo hizo permanece sin respuesta oficial. La KGB contestó a todas las otras preguntas de la comisión investigadora, salvo a ésta. Hay cada vez menos probabilidad de que nos den una respuesta debido a la reorganización de los servicios secretos.

Cerca de las tres de la mañana, recibimos una llamada de uno de nuestros partidarios en el Ministerio de Telecomunicaciones quien nos preguntó si estábamos dispuestos a difundir otra vez. Yo dije -claro-. Los técnicos se las ingenieron para conectar nuestro pequeño estudio a un transmisor ubicado a diez kilómetros, por medio de una simple línea telefónica. ¡Funcionó! Funcionó tan bien que los instigadores del golpe se quedaron asombrados. ¿Cómo lograba emitir una emisora desconectada?

Como último recurso, decidieron mandarnos a un comando de la KGB para acabar con nosotros de una vez para siempre. Pero, ya era el 21 de agosto, y a las pocas horas, la derrota del golpe fue evidente para todos. Los mismos técnicos tomaron la iniciativa de reconectarnos con un transmisor de emergencia.

Impulsado por el mismo espíritu inolvidable, un destacamento de soldados, al darse cuenta que estaba silenciado nuestro transmisor, cargaron en su camión otro transmisor similar, con la intención de traérnoslo. ¡Nos quitamos el sombrero!

Al cabo de un mes, había más periodistas que venían a entrevistarnos que los que trabajábamos en nuestra sala de redacción. Estábamos agobiados de cansancio y hartos de contestar siempre a las mismas preguntas pero nunca los rechazamos. Nos hicieron tanta publicidad que ya se empezaba a conocer a nuestra radioemisora en el mundo entero. ¡No está mal considerando que estábamos más pobres que las ratas!

ECOS FUTUROS

Sabemos ahora que el porvenir de Radio Moscú descansa en las manos de sus periodistas, lo cual nos encanta. Está claro que podemos funcionar como emisora comercial sin abandonar nuestros ideales periodísticos. Después del golpe, desapareció el monopolio que ejercía la Radio y Televisión estatales de la URSS, así como la misma Unión Soviética. Pero otro nuevo monopolio está tratando de surgir, el de la Radio y Televisión Rusas. Se apoderan de las mejores frecuencias, de los transmisores más poderosos y hacen una gran cantidad de publicidad para poder aumentar los sueldos de sus periodistas. En pocas palabras, nos están haciendo una competencia pérfida y el estado se encuentra en una posición ventajosa. También están abriendo sus puertas una gran cantidad de emisoras privadas de música que se aprovechan al máximo de las ventajas que les ofrecen las autoridades. Hasta la fecha, Eco de Moscú ha logrado mantenerse firme. Según la última encuesta, estamos en segunda posición en Moscú, justo después de Europa Plus. Las otras radioemisoras están muy por atrás de nosotros.

Porque no queríamos trabajar con grandes empresarios, tardamos un poco en volver a equiparnos. Por fin, obtuvimos un estudio con buen equipo, gracias a la fundación norteamericana Soros. Ya es un problema menos. Con la aprobación de los fundadores originales, adoptamos una política que consiste en invertir el 40% de nuestros ingresos en la producción de noticieros. Desde el golpe, tuvimos ingresos de un millón de rublos de la publicidad, lo cual nos permite financiar la emisora. Pero el rublo no es una divisa muy fuerte. La devaluación astronómica del rublo nos preocupa mucho y confiamos en la reforma económica iniciada en Rusia.

Una de nuestras grandes ventajas es que ninguna de las nuevas emisoras se ha atrevido a desafiarnos en nuestro territorio: el campo de los noticieros serios. Tenemos

una red enorme de corresponsales, contactos en todo el país y en las ex-repúblicas de la URSS y estamos estableciendo una red internacional. De hecho, tenemos un monopolio porque la radio estatal de Moscú, aunque tiene mejor equipo que nosotros, no cuida tanto la frescura ni el formato de sus noticieros. A pesar de la ventaja que tenemos, estamos decididos a mantener nuestra calidad y a no dormirnos en nuestros laureles.

Sabemos que el porvenir va a ser difícil. Las nuevas autoridades nos ven con malos ojos. Pero esto no nos impide reunir a muchas minorías en nuestro estudio, ni divertimos a nuestras anchas cuando se nos viene en gana. Y maldecir entre dientes nuestro viejo equipo destrozado, mientras mantenemos una apariencia de calma ante nuestros oyentes.

Seguimos adelante con Eco de Moscú que es más que una pasión, es una verdadera droga. Pero no es una droga mortal. Es una droga que nos vigoriza, que nos estimula y da ánimos para seguir adelante a nuestro grupo de locos. ¡Solo a un loco se le podría ocurrir querer hacer un Eco... de Moscú!

* * *